
CONFERENCIAS

LA POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN AMERICA CENTRAL

JAMES D. THEBERGE

El Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica organizó en agosto de 1983 un seminario internacional sobre "Tendencias Globales Hemisféricas y Regionales de las Relaciones Internacionales". Uno de los invitados a presentar ponencias fue el Sr. James Theberge (M.P.A.), actual Embajador de los EE.UU. en Chile, cuya exposición se presenta a continuación.

Otros trabajos presentados en esa oportunidad serán publicados en futuros números de la Revista de Ciencia Política.

América Central está atravesando por una de las crisis más severas que la hayan afectado durante un siglo y medio de independencia nacional.

Es una crisis cuyas raíces se remontan a la represión política, sentido de injusticia social y una extensa pobreza que se contraponen a las emergentes expectativas de amplios sectores de la población. Es una crisis alimentada por frustraciones individuales y sociales de todo tipo que han estimulado la formación de movimientos revolucionarios. Es una crisis promovida y fortalecida por Cuba con apoyo soviético mediante el entrenamiento, adoctrinamiento, abastecimiento de armas y orientación política a los revolucionarios marxistas centroamericanos durante muchos años, pero más intensamente desde fines de la década de 1970.

En el fortalecimiento de los movimientos revolucionarios en América Central, Cuba ha jugado un papel preponderante. Ha unificado a facciones de guerrilleros marxistas en un comando central con un frente civil no marxista utilizado para manipular y engañar a los legítimos grupos de oposición y a la opinión internacional. Esta táctica fue empleada exitosamente en Nicaragua en 1978 durante la lucha antisomocista y ahora está siendo utilizada en El Salvador y Guatemala. Nicaragua ha sido transformada en una base de avanzada para entrenar y apoyar la lucha de la guerrilla marxista en El Salvador y en el resto de América Central. Incluso la democrática Costa Rica, que no posee fuerzas armadas y no constituye amenaza alguna para sus vecinos, es objeto de la agresión nicaragüense. Los gobernantes sandinistas marxista-leninistas entrenan, arman e infiltran a los terroristas en ese pacífico país.

El objetivo estratégico, tanto del régimen nicaragüense como de las guerrillas salvadoreñas, consiste en desestabilizar la región entera, desde el Canal de Panamá hasta México. La revolución marxista-leninista, que está siendo promovida por Cuba y Nicaragua, con el respaldo de la Unión Soviética, es una "revolución sin fronteras". El objetivo es la llamada liberación total —eso es, la completa transformación comunista— de América Central.

La política de la Administración Reagan en América Central ha tenido y tiene por objetivo la restauración de la paz, seguridad y prosperidad mediante el apoyo de los procesos democráticos y desarrollo económico regional, mientras al mismo tiempo proporciona asistencia para contrarrestar la ayuda soviética, cubana y nicaragüense a la revolución marxista. El reconocimiento por parte de la Administración Reagan de la naturaleza de estas múltiples amenazas a la seguridad nacional de los Estados Unidos y a sus amigos en la región, es lo que ha situado a la América Central en el primer plano de la política exterior norteamericana.

Sin embargo, no es solo la seguridad de América Central lo que está siendo amenazado por la creciente marea de violencia revolucionaria. Lo que está en juego es la seguridad de todo el hemisferio occidental, porque la seguridad de las Américas es indivisible. En esta época revolucionaria, lo que afecta a un país afecta, tarde o temprano, a todos los países. Los gobernantes marxista-leninistas de Cuba y Nicaragua están obsesionados con las guerras de liberación nacional que ellos respaldan no sólo en América Central sino que también en los países de Sudamérica. Y si la lucha armada muestra pocas posibilidades de éxito, entonces, se sigue el camino de la no-violencia al poder mediante la alianza con partidos colaboradores de izquierda. Es siempre la misma vieja estrategia y, solo cambia la táctica según cambian las circunstancias.

Es una peligrosa ilusión creer, como algunos así lo creen, que los revolucionarios marxista-leninistas pueden ser domesticados y transformados en algo inofensivo; que pueden ser utilizados para apoyar los propósitos democráticos de partidos y gobiernos democráticos; o que pueden ser apaciguados mediante la adopción de posturas anti-imperialistas. La historia demuestra que tales creencias son invariablemente falsas e ingenuas; que confunden, dividen y debilitan a las fuerzas democráticas y, que, finalmente, los enemigos de la democracia son los que más provecho pueden sacar.

La política norteamericana para la América Central está diseñada para contrarrestar esta amenaza en todas sus múltiples dimensiones. El Presidente Reagan, hablando ante una sesión conjunta del Congreso el 27 de abril de 1983, enunció los objetivos de nuestra política para esa región en términos claros e inequívocos:

—Apoyamos la democracia, la reforma y la libertad del hombre en América Central.

—Apoyamos el desarrollo económico en América Central.

—Apoyamos el diálogo y las negociaciones, tanto entre los países de la región como dentro de cada país.

—Apoyamos la seguridad de las naciones amenazadas de la región.

Estos son los permanentes objetivos de nuestra política en América Central porque están enraizados en la estructura misma de nuestra existencia como nación. Estos son los objetivos por los cuales los Estados Unidos de América siempre han abogado en todo el mundo. No pueden ser más claros. Más aún, son objetivos basados en una percepción realista de la importancia que nosotros concedemos a la América Central. Sus problemas afectan directamente la seguridad y bienes-

tar de los Estados Unidos debido a su mayor proximidad geográfica a nosotros que cualquiera otra región agitada en el mundo, como también por estar el Canal de Panamá en la vital línea divisoria de los océanos Atlántico y Pacífico. Esta conjunción de ideales e intereses conforma la base de nuestra política en la América Central.

Sin embargo, a pesar de que nuestros objetivos son claros y están firmemente sustentados, los medios para alcanzarlos no son ni sencillos ni fáciles. Para ayudar en la búsqueda de los mejores medios para lograr estos objetivos, el Presidente Reagan estableció recientemente una comisión nacional bipartita para la América Central de doce miembros, incluyendo al Dr. Henry Kissinger, quien presidirá la Comisión; a Lane Kirkland, presidente de la AFLCIO; y a Robert Strauss, ex presidente del Partido Nacional Demócrata. Está claro que el Presidente Reagan recibirá de los nombrados una amplia gama de ideas y recomendaciones para opciones y estrategias de mediano y largo alcance una vez que la comisión entregue su informe al Presidente Reagan a comienzos de 1984.

Entre las opciones que serán examinadas, solamente una ha sido descartada. Utilizaremos todos los medios diplomáticos para lograr nuestros objetivos; proporcionaremos la asistencia económica y militar que sea necesaria; pero no pretendemos comprometer a tropas norteamericanas en la lucha. Más aún, recientemente el Presidente Reagan ha ofrecido seguridades de que nuestra política hacia Centroamérica tiene por finalidad la búsqueda de la paz:

—Los Estados Unidos apoyarán cualquier acuerdo entre los países centroamericanos para el retiro de todos los militares, consejeros de seguridad y tropas extranjeras de la región sobre la base de condiciones recíprocas y totalmente verificables.

—Queremos ayudar a los grupos de oposición a unirse a los procesos políticos en todos los países y a competir por el poder por medio de los votos en vez de la fuerza armada.

—Apoyaremos cualquier acuerdo recíproco y verificable entre los países de Centroamérica, sobre la base de que renuncien al apoyo de la insurgencia en los territorios de los vecinos.

—Y, finalmente, deseamos ayudar a América Central a poner término a la costosa carrera armamentista y apoyaremos cualquier acuerdo verificable y recíproco sobre la no importación de armas ofensivas.

Todos los pasos dados después del discurso del Presidente Reagan del 27 de abril, son consistentes con esta amplia estrategia.

Permítanme sintetizar para ustedes los cuatro elementos vitales de nuestra política hacia Centro América, analizando la situación actual de cada uno de ellos y como cada uno de estos componentes se relaciona con los otros.

El primero es el apoyo de los Estados Unidos a la democracia, la reforma y los derechos individuales.

Lo que buscamos es una América Central que se parezca más a Costa Rica que a Cuba. Buscamos la genuina democracia, no una democracia de fachada detrás

de la cual está escondido un estado policial opresivo. Respeto por las libertades humanas y el dominio de la ley —no la represión. Gobiernos comprometidos con el bienestar de sus pueblos— no su propio bienestar.

El año pasado observamos con admiración las elecciones nacionales libres de Costa Rica. Hoy estamos trabajando con el gobierno de Costa Rica, el prestigioso Tribunal Electoral Supremo de Costa Rica y el nuevo Centro Regional para la Asistencia Electoral, para ayudar a otros países de la región a mejorar sus sistemas electorales.

En 1981 y 1982, hemos apoyado la transición hacia la democracia en Honduras. Hoy, la defensa del orden democrático constitucional en Honduras, la defensa contra las amenazas y presiones de Nicaragua, son nuestro objetivo fundamental.

Estamos estimulando al gobierno de Guatemala en su empeño por efectuar elecciones el próximo año.

Repetidamente hemos pedido al gobierno de Nicaragua, actualmente acosado por una creciente marea de oposición, que cumpla con sus promesas originales, hechas en 1979, de establecer un gobierno pluralista y democrático.

En El Salvador, la elección de una Asamblea Constituyente, en marzo de 1982, fue un tremendo éxito que demostró el poderoso deseo de democracia por parte del valeroso pueblo salvadoreño y, el rechazo popular a la violencia guerrillera.

Para ayudar en las próximas elecciones salvadoreñas, dos prominentes expertos norteamericanos viajaron a El Salvador en el mes de mayo acompañados por funcionarios del Departamento de Estado y de la Agencia de los EE.UU. para el Desarrollo Internacional (A.I.D.). Ahora hemos desarrollado un proyecto para proporcionar asistencia técnica y observadores internacionales para las próximas elecciones. Nuestro objetivo es ayudar al pueblo salvadoreño a construir, sobre la base del éxito obtenido en marzo de 1982, una democracia estable en el futuro.

Estamos dispuestos y por lo tanto hemos tratado —recientemente en la entrevista del 1º de agosto de nuestro Embajador Especial Richard Stone con el vocero del frente guerrillero salvadoreño, Rubén Zamora— de facilitar el diálogo entre los rebeldes salvadoreños y el gobierno legítimamente elegido de El Salvador, con el objeto de efectuar elecciones democráticas genuinas en las cuales todos los salvadoreños puedan participar con seguridad. Pero nosotros rechazamos firmemente, tal como lo hace el gobierno y el pueblo de El Salvador, el concepto de que las guerrillas pueden compartir el poder sin someterse a la competencia electoral.

En este contexto, permítanme señalar que el Gobierno de El Salvador ha invitado a las guerrillas y a su Frente Civil a participar en las nuevas elecciones nacionales programadas para 1984 y, con ese fin, está preparando una ley de amnistía. Estas elecciones estarán abiertas a todos los partidos políticos y ellas, junto con el 80 por ciento de la población con derecho a voto que participó en las elecciones del año pasado a pesar de las amenazas de las guerrillas, son una impresionante prueba de que la democracia está comenzando a echar raíces en El Salvador. Este pueblo que desafió las emboscadas y las armas de fuego para votar, es el verdadero luchador por la libertad de El Salvador, no las guerrillas. Merecen el apoyo de todos quienes creen en la democracia occidental.

Sabemos que la democracia no ha sido la norma histórica en la mayor parte de América Central. No tenemos ninguna ilusión de que su construcción será fácil.

Pero, la amnistía en El Salvador, la programación de elecciones de una Asamblea Constituyente en Guatemala, el ímpetu de la democracia en Costa Rica y Honduras, son todas indicaciones del progreso que se logra en América Central, bajo las circunstancias más difíciles.

El proceso democrático en América Central será aún más fortalecido por la iniciativa del Presidente Reagan en favor de la democracia. Hemos iniciado consultas bipartidistas, tanto internas como en el extranjero, para cimentar el apoyo para una mejor cooperación en Occidente entre partidos políticos y otros grupos comprometidos con la democracia.

En segundo lugar, está nuestro apoyo al desarrollo económico de América Central.

En el período de 1969 hasta 1979, las naciones de América Central tuvieron las tasas de crecimiento de ingreso per cápita más altas de América Latina. Pero las expectativas de crecimiento se estrellaron con instituciones políticas inflexibles e inadecuadas. En los años recientes, la recesión económica, la estrategia de debilitar la economía que llevaron a cabo las guerrillas en El Salvador y, la creciente incertidumbre provocada por la política agresiva de Nicaragua, han creado una aguda crisis económica, aumentando la inestabilidad y haciendo más vulnerable la región a las estrategias comunistas.

Los Estados Unidos han respondido a estos problemas económicos subyacentes tanto con generosidad como con imaginación. Gran parte de los seiscientos diez millones de dólares en asistencia económica presupuestados para América Central durante este año fiscal, se concentra en esfuerzos estabilizadores —para proporcionar divisas para las necesidades esenciales de importaciones y para mantener la producción y el empleo—. Con el resto, la Agencia para el Desarrollo Internacional está apoyando cerca de ciento veinte proyectos individuales de desarrollo. Un importante ejemplo puede ser observado en el área crítica de la asistencia a los trabajadores agrícolas en El Salvador para obtener tierras y, al mismo tiempo, para darles interés en apoyar la emergente democracia. Ese programa ha beneficiado a más de quinientas mil personas, aproximadamente a uno de cada diez salvadoreños. Otros proyectos de asistencia están desarrollando la zona norte de Costa Rica, mejorando las industrias forestales y ganaderas de Honduras y ayudando a los indios de las tierras altas de Guatemala. Sobre una base regional, la asistencia económica de los Estados Unidos es tres veces mayor que nuestra ayuda militar.

Permítanme clarificar nuestra actitud hacia el gobierno de Nicaragua. El gobierno de Nicaragua, controlado por el marxismo-leninismo, ha mostrado hostilidad hacia los Estados Unidos desde el día en que llegó al poder en 1979. El principal interés de los Estados Unidos es asegurar que no exporte la subversión y la violencia a sus vecinos. Nuestro objetivo, en conformidad con la ley norteamericana e internacional, es prevenir el flujo de armas desde Nicaragua hacia El Salvador, Honduras, Guatemala y Costa Rica. Continuamos con nuestros esfuerzos para persuadir a Nicaragua para que abandone sus intentos por desestabilizar a sus vecinos. La presencia militar norteamericana en el área sirve como una advertencia al gobierno sandinista y a los guerrilleros marxistas en la región de que los Estados

Unidos tienen la voluntad y la capacidad de defender a sus amigos y derrotar la insurgencia comunista.

Finalmente, hemos desarrollado, junto a otras naciones, un nuevo enfoque para la asistencia económica: La Iniciativa para la Cuenca del Caribe. La iniciativa proporciona doce años de acceso libre a los mercados norteamericanos a virtualmente todos los productos regionales de exportación y ofrece incentivos para las inversiones en América Central y el Caribe. Será un poderoso instrumento a largo plazo para el desarrollo y creación de nuevos empleos. El Congreso la aprobó recientemente y el Presidente la ha firmado convirtiéndola en ley.

Tercero, apoyamos el diálogo y la negociación.

Nuestra diplomacia está diseñada para ayudar a desarrollar soluciones políticas a los problemas nacionales y regionales de Centroamérica. En Nicaragua, cuando el nuevo régimen sandinista no respondió a los esfuerzos de Estados Unidos de establecer relaciones normales y de cooperación, buscamos resolver nuestras diferencias a través del diálogo. Asimismo, cuando las discusiones bilaterales con el gobierno sandinista en 1981 y 1982 resultaron infructuosas, participamos en el proceso de paz multilateral iniciado el pasado mes de octubre en San José, Costa Rica. Desde sus comienzos este año hemos apoyado los esfuerzos de Colombia, México, Panamá y Venezuela —el llamado Grupo Contadora— para lograr la paz.

En El Salvador, hemos tratado en forma consistente y sistemática de facilitar la reconciliación con aquellos en las guerrillas y sus asociados que podrían estar deseosos de poner a prueba su apoyo popular en elecciones honestas. Ahora, estamos fomentando activamente los esfuerzos de la Comisión de Paz de El Salvador para abrir el diálogo con el Frente Democrático Revolucionario (FDR) —la rama política de las guerrillas— para asegurar una participación segura de todos los partidos en el proceso democrático.

A fines de abril, el Presidente Reagan nombró un Enviado Especial, Richard Stone, para América Central. Desde entonces ha trabajado arduamente para estimular el diálogo dentro de El Salvador y en la región. Se ha reunido repetidamente con líderes de todos los países incluidos en el proceso Contadora, incluyendo a los nicaragüenses. El primero de agosto, con la ayuda del Presidente Betancourt, de Colombia, se tuvo el primer contacto con un representante político de las guerrillas salvadoreñas, Rubén Zamora. Esperamos que den resultados estos esfuerzos de facilitar un diálogo directo entre las guerrillas y la Comisión de Paz de El Salvador.

Y, cuarto, apoyamos la ayuda y la cooperación militar.

Buscamos el establecimiento de un fuerte escudo de seguridad, para proporcionar la protección necesaria que permita alcanzar las metas políticas, económicas y diplomáticas que acabo de describir.

Los componentes militares de la política del Presidente han sido cuidadosamente calculados para hacer justamente eso. Se contemplan dos tipos de acciones:

actividades para ayudar a otros a defenderse y actividades para subrayar nuestra propia capacidad de disuación.

La ayuda militar está basada en necesidades ya demostradas en cada país al compararlas con la amenaza contra la seguridad del país. Las solicitudes de la Administración Reagan de ayuda militar para América Central para el año fiscal 1984 alcanzan a 140 millones de dólares, 85 millones de los cuales va a recibir El Salvador. El entrenamiento militar y la ayuda en armamento de los Estados Unidos está produciendo un importante y positivo impacto en el campo de batalla en El Salvador.

Tropas de gobierno de El Salvador se encuentran actualmente realizando su mayor operación en esta guerra, que difiere substancialmente de acciones anteriores. Ella está destinada no solamente a sacar a las guerrillas de las provincias agrícolas de San Vicente y Usulután, área de gran importancia, sino también a dejar tropas atrás para prevenir nuevas infiltraciones de guerrillas una vez que la parte activa de la operación haya concluido. Se está proporcionando asistencia económica y humanitaria según el plan nacional para reconstruir los pueblos, aldeas y granjas dañadas. Las primeras señales indican que la operación se está realizando con éxito.

La capacidad disuasiva de las fuerzas de los Estados Unidos se verá acrecentada por los ejercicios conjuntos y combinados que se realizarán con fuerzas hondureñas junto a unidades navales de los Estados Unidos en la región.

Estos ejercicios de los Estados Unidos en tierra, mar y aire, servirán dos objetivos interrelacionados:

—Mejorar el entrenamiento y la capacidad de reacción rápida de nuestras propias fuerzas y las de Honduras, y

—Subrayar a todo el mundo que los Estados Unidos tienen la capacidad y voluntad de proporcionar un escudo protector frente a cualquier desafío contra nuestros amigos, contra el sistema interamericano y contra nuestras obligaciones internacionales.

Estos son los elementos esenciales de la política norteamericana hacia América Central.

Pero es importante comprender la relación crucial entre los aspectos militares y diplomáticos de la política de Estados Unidos. Las naciones, al igual que los hombres, necesitan incentivos para cambiar su comportamiento. Al menos hasta hace poco, no ha habido un incentivo para que los sandinistas, las guerrillas salvadoreñas, Cuba o la Unión Soviética reconsideren su estrategia de imponer por la fuerza regímenes comunistas en El Salvador y en el resto de América Central. Y, sin enfrentar estos riesgos, ¿por qué razón estaría la extrema izquierda salvadoreña interesada en participar en el proceso político? ¿Por qué deberían los sandinistas bajo tales circunstancias abstenerse de su "revolución sin fronteras"? ¿Por qué debería actuar Cuba en forma diferente en América Central que en África?

En las recientes semanas estamos presenciando algunos cambios importantes. La evidencia está allí —en el interés en el diálogo anunciado por las guerrillas salvadoreñas, por los sandinistas y por Fidel Castro. Hay indicaciones de ello por mensajes enviados— por la solidaridad entre las democracias de la América Central, por los países del Grupo Contadora, por amonestaciones privadas de

los partidarios internacionales de Nicaragua, por una insurgencia popular dentro de Nicaragua, por el reciente fortalecimiento de las fuerzas armadas de El Salvador y por la presencia militar de los Estados Unidos de América.

La esencia de estos mensajes es la siguiente: Una victoria por parte de la izquierda revolucionaria y, de quienes la apoyan desde el exterior, a través de la lucha violenta, es totalmente inaceptable. Será resistida por el pueblo de América Central que no tiene intención de permitir que le sea impuesto un estado policial marxista. Y están cada vez más capacitados para hacerlo —por sus propios esfuerzos— y porque Estados Unidos está comprometido a ayudarles.

La estrategia de Estados Unidos está bien diseñada para los problemas que confrontamos. Las opciones de nuestros adversarios, que hasta ahora han enfatizado el uso de la fuerza, se están estrechando hacia la negociación y el diálogo. Se nota que nuestro apoyo a la democracia está comenzando a producir un impacto. Se está montando una base para un crecimiento económico renovado y equitativo una vez que cese el fuego.

No tenemos ilusiones de que las metas para establecer una democracia estable, para restablecer la paz y la seguridad regional, para paliar la pobreza y la miseria, para ver el triunfo de la justicia y la dignidad humana, puedan lograrse pronto. Sabemos que los avances hacia esas metas no se conseguirán sin reveses y desilusiones. Pero tenemos confianza en que los pueblos de América Central han comenzado y nosotros estamos comprometidos a ofrecer nuestra cooperación y amistad.

Estamos comprometidos en una gran lucha, sin duda una lucha noble para defender no solamente los derechos de nuestra propia nación, sino los derechos a que aspiran todos los hombres libres de todas las Américas. Nos encontramos cara a cara con la necesidad de afirmar nuevamente los derechos fundamentales de los hombres libres a crear sus propias leyes y de dar forma a su propio destino, al igual que de las obligaciones fundamentales de los hombres libres a ejercer la autodisciplina, cultivar el espíritu de tolerancia y compasión y defender los principios de la democracia. No debemos permitir que los pueblos de las Américas se conviertan en víctimas de una despiadada y cruel ambición de pequeñas minorías que están determinadas a imponer su propia voluntad contra los anhelos del pueblo —irónicamente—, en nombre del pueblo.

Con la comprensión de nuestros amigos y la ayuda de Dios Todopoderoso, triunfaremos sobre la amenaza que hace peligrar todo lo que hemos ganado y todo lo que los pueblos tratan de ganar.

DEMOCRACIA Y DESARROLLO*

MICHAEL NOVAK

En 1891, en su encíclica *Rerum Novarum*, el papa León XIII llamó la atención de la Iglesia Católica, hacia un nuevo problema en la historia cristiana: la revolución en la economía. Considérese la pobreza existente en Chile en 1891, o en los EE.UU. Comparada con la situación noventa y un años antes, cuán diferente era Europa —y el mundo— cuántas transformaciones se habían producido. En 1776, en Gran Bretaña, la fábrica más grande empleaba a 20 obreros. Cuarenta años más tarde, sólo había 220 fábricas en toda Francia, la mayoría pequeñas plantas textiles. Luego, a una velocidad abrumadora, se produjo la industrialización para cosas tan pequeñas como los alfileres y las calcetas de seda, tapacaseras como las máquinas de coser Singer, y tan grandes como las locomotoras. La vida humana empezaba a transformarse.

En 1800, sólo habitaban 800 millones de personas en este planeta. Actualmente, y sólo 183 años más tarde, esta cifra ha aumentado 4,4 mil millones. Más aún, fácilmente olvidamos cuántos pobres y hambrientos había en 1800. Recientemente, alguien ha dicho que hoy día hay 750 millones de personas con hambre en la tierra. Lo que no se ha dicho es que casi con seguridad existía el mismo número de pobres y hambrientos en el año 1800. La diferencia hoy es que hay 3,5 mil millones de personas que están sobre el nivel de subsistencia y que no son *ni* pobres *ni* hambrientos. Estamos lejos de haber logrado nuestro propósito; no obstante, se han realizado progresos significativos.

Si tomamos como hito el año 1800, podremos darnos cuenta que la realidad a la que se refiere la palabra “desarrollo” tiene una historia de no más de doscientos años y aún no ha terminado su marcha. Sólo desde 1949 han nacido 110 nuevas naciones. Prácticamente durante cada década desde 1800, una nación tras otra ha despertado a las posibilidades del desarrollo. Década tras década, las diversas naciones continúan superando importantes metas en diferentes planos estadísticos: mortalidad infantil, expectativa de vida, alfabetismo, ingreso per cápita anual, años de educación, adquisición de habilidades técnicas y políticas, libertad religiosa, formación de instituciones sobre derechos humanos y otros indicadores del desarrollo humano. Una vez logradas estas metas, no todas las naciones avanzan con la misma velocidad. Algunas toman la delantera muy rápidamente, y otras, después de rápidos avances, de pronto comienzan a decaer por un tiempo. Algunas parecen moverse con un inmenso letargo,

* Esta es una transcripción de la segunda conferencia del Profesor Novak, teólogo e investigador del American Enterprise Institute en el Seminario sobre Teoría Política organizado por el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica en mayo recién pasado. El texto de la primera conferencia aparece publicado en el número anterior de la Revista de Ciencia Política.

ineficiencia, incluso corrupción y una cierta desesperanza; otras, igualmente pobres en un comienzo y a menudo menos favorecidas por la naturaleza, obtienen logros constantes e impresionantes. No todas las naciones son iguales y, por ende, el curso de su desarrollo no es uniforme. Para toda nación incluso la más avanzada, todavía es largo el camino por recorrer al contrastarlo con nuestros propios ideales.

¿Pero cuándo alcanzaremos la meta considerada por nuestros ideales? La idea misma de "desarrollo" es algo que demoró largo tiempo en "desarrollarse" a través de la historia. En muchos aspectos, Adam Smith fue el primero en imaginar una economía política basada en el imperativo del desarrollo. Se dio cuenta de la inmensa pobreza y miseria que acosaban al mundo, y creía que no eran necesarias. También fue el primero en prever un mundo interdependiente y unido en la búsqueda de logros productivos, bajo el imperio de la ley, pacífico y dinámico. Esta visión dio origen a una gran revolución, que Karl Marx describe como sigue:

"La burguesía, durante su predominio de escasos cien años, ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones precedentes juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza al hombre, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, el desmonte de continentes enteros para el cultivo, la canalización de los ríos, pueblos enteros liberados de su dependencia de la tierra, ¿qué otro siglo tuvo siquiera el presentimiento de que todas esas fuerzas productivas dormitaban en el regazo del trabajo social?"

Recientemente, el escritor social-demócrata norteamericano Michael Harrington ha dado a conocer su preocupación por las posibilidades del socialismo en el Tercer Mundo, basándose en que no es posible simplemente "socializar la pobreza". Por el contrario, la visión inicial de Adam Smith fue sin duda una visión que consideraba una pobreza casi universal. Los ideales tras el capitalismo democrático —aquel sistema que sería a la vez democrático en lo político, capitalista en lo económico y pluralista en cuanto a sus instituciones morales y culturales— fue diseñado precisamente para superar la pobreza. Su propósito era desencadenar la creatividad que el Creador había colocado en cada ser humano, haciendo a cada uno cocreador junto con El. John Locke había observado que si se tomaban los campos más favorecidos por la naturaleza en Gran Bretaña en cuanto a la calidad del suelo, su inclinación respecto al sol, su posición respecto al clima y otros factores parecidos, y al final del año se consideraba la cosecha como producto de la misma naturaleza, y luego, al próximo año se aplicaba a esos mismos campos los mejores adelantos agrícolas, aún para el siglo diecisiete, descubriríamos que el rendimiento podía incrementarse no solamente dos, ni siquiera diez veces, sino cien veces. En otras palabras, según concluía Locke, la naturaleza mantiene escondidas muchas más riquezas, colocadas ahí por el Creador, de lo que hasta ahora el hombre ha sido capaz de imaginar con su ingenio. La tarea de los seres humanos es convertirse en cocreadores con Dios, y descu-

brir en la naturaleza los secretos que el Creador ha ocultado ahí. Es esta perspectiva la que, implícitamente, el papa Juan Pablo II considera en las páginas iniciales de *Laborem Exercens*, cuando habla de "la teología de la creación".

Es importante destacar el hecho de que Papas de tiempos recientes, comenzando por el papa Paulo VI, y quizás incluso con el papa Juan XXIII, han comenzado a recoger el tema del desarrollo de Adam Smith. Ellos también han completado el pensamiento de León XIII añadiéndole una perspectiva mundial, y añadiéndole la perspectiva del desarrollo en el contexto de la historia. Ellos han comenzado a imaginarse un solo mundo interdependiente cuyo norte es un desarrollo cada vez mayor de las posibilidades ocultas en él por el Creador.

Adam Smith no denominó a su libro "La Riqueza de los Individuos", ni siquiera "La Riqueza de Escocia o de Gran Bretaña" sino "Una Investigación acerca de la Naturaleza y la Causa de la Riqueza de las Naciones", la riqueza de *todas* las naciones. Su visión considera a la raza humana como una sola comunidad; una visión que no podrá ser alcanzada sino cuando exista una sólida base material bajo cada ser humano de este planeta.

Esta visión, además, ha traído consigo una revolución en nuestra ética. La mayor parte de los tratados sobre ética, bajo el encabezamiento de economía política, desde los tiempos de Aristóteles y hasta nuestros días, tratan el tema principalmente bajo el encabezamiento de "justicia distributiva". La suposición detrás de este título es que las riquezas del mundo no son ni infinitas ni desconocidas. El único problema moral subsistente es cómo distribuir las. La perspectiva de Adam Smith y los procesos históricos reales a los que apuntaba, cambiaron todo este panorama. Puesto que ahora, al confrontar la pobreza y miserias actuales del mundo con las del año 1776, y reconociendo que a los seres humanos se les ocurrió cómo crear nuevas riquezas, nos percatamos de que Adam Smith concibió una nueva exigencia moral. Si existen tantos pobres y hambrientos, y si la raza humana es capaz de producir suficientes riquezas nuevas de modo de hacer innecesarias esta pobreza y miseria, entonces, ciertamente, estamos frente a una nueva obligación moral cual es de *producir* esas nuevas riquezas. En otras palabras, sale a relucir un concepto que podría llamarse "ética productiva" o la *obligación* moral de las naciones de desarrollarse.

El desarrollo, en una palabra, ha adquirido fuerza moral. Es un imperativo que pesa sobre toda la humanidad y cada uno de nosotros debe comenzar desde ya a estudiar cómo ha de cumplirse esta obligación puesto que no basta sólo con tener buenas intenciones. Si en el mundo hay seres humanos que están sufriendo, y si es posible crear nuevas riquezas para aliviar este sufrimiento, entonces hay que luchar en el mundo real para producir un verdadero desarrollo. Aquellos que se desempeñan en el campo de la economía política deben ser juzgados no sólo por sus intenciones sino también por los resultados obtenidos. Las ideas acarrearán consecuencias y las consecuencias importan.

Volvamos a considerar cómo cambiaba el mundo entre la generación de Adam Smith, quien escribió en 1776, y la generación de John Stuart Mill, quien publicó su libro *Principios de Economía Política*, en 1848. Mill observa que según lo

que él y sus contemporáneos recuerdan, existían muchos aristócratas terratenientes en Gran Bretaña que, en esencia, consumían su propia riqueza. Tenían ejércitos privados, erigían grandes castillos y casas de campo, manejaban grandes extensiones de tierra, ofrecían fiestas, bailes y entretenciones fastuosas y, además, mantenían enormes séquitos. Según Mill, en épocas anteriores incluso la gente común trabajaba menos de lo que trabajaban esas mismas personas en la época en que él escribió. Sus trabajos se desarrollaban en gran parte durante las épocas de siembra y de cosecha; pero durante el invierno se disponía de muchas y largas horas de ocio, como también, por cierto, durante el verano. Pero ya en el año 1848, una parte cada vez mayor de la población comenzaba a comprometerse con jornadas de trabajo más largas y durante más meses del año. Ellos merecen, dice Mill, recibir una recompensa por este trabajo, independientemente de que se vendan o no, y a qué precio, sus frutos. Merecen un salario justo.

Por otra parte, cada vez más aquellos que poseían riquezas fueron descubriendo que no bastaba simplemente con heredar y consumir las riquezas, sino que era mucho mejor invertirlas, hacerlas producir y crear nuevas riquezas. De este modo, más y más riquezas eran invertidas en nuevas fábricas y en nuevas empresas comerciales de diferentes tipos. De acuerdo a Mill, quienes invertían estos fondos, que tenían un uso social y productivo obvio, no solo para sí mismos y sus trabajadores sino para la sociedad toda, tenían el derecho de que su inversión fuera recompensada con el pasar de los años. Para recompensarlos por el tiempo en que no gastaron esos fondos en ellos mismos, por invertirlos, también tenían derecho a una tasa de retorno razonable. Mill justificaba los salarios del trabajo en relación con el sacrificio de su tiempo libre que hombres y mujeres estaban dispuestos a hacer. El retorno sobre la inversión lo justificaba por el sacrificio de consumo y el riesgo que los inversionistas están dispuestos a correr. Ciertamente, esta es la forma en que Mill diferenciaba el capital de la riqueza; el capital es productivo, la riqueza sola no lo es.

El planteamiento fundamental de Mill, al igual que el de Smith, se refería a que era posible crear nuevas riquezas. Así, el capital nacional de Gran Bretaña no tenía que ser necesariamente en 1790 lo que fue en 1780, o en 1848 lo que había sido en 1838. Efectivamente, por primera vez en la historia de la humanidad, una sola nación daba pruebas de un incremento constante de su capital nacional prácticamente en cada año, y por una cantidad de años ininterrumpida por mucho más de un siglo. En otros términos, la palabra "progreso" había dejado de ser simplemente un sueño, sino que era un hecho obvio que se lograba día a día, en forma tangible y visible.

Recordemos que uno de los villanos de las primeras obras literarias eran los avaros. ¿Por qué se consideraba villano al avaro? En los días en que se creía que las riquezas eran limitadas y conocidas, y cuando ser rico significaba tener oro, entonces cualquiera que se "sentara en su casa a contar su dinero" estaba sustrayéndolo egoístamente de este fondo común limitado. De hecho, este acto de vanidad y egoísmo privaba a otros, ya que las riquezas eran muy limitadas. Pero, después de Balzac, la figura del avaro desaparece como protagonista de la literatura. Puesto que una vez que quedó claro que era posible crear nuevas riquezas, y que éstas consisten no en el oro que se acumula sino en las ideas inventivas y en los productos del intelecto humano que llevan a inversiones productivas,

entonces ya no se consideró más al avaro como un villano, sino como un tonto. En vez de invertir su riqueza para generar nuevas riquezas, simplemente las estaba acaparando. Así, el avaro se convirtió en una figura símbolo del ridículo más que de la villanía.

Es importante hacer notar que el desarrollo, si algo significa, implica creación de nuevas riquezas, puesto que es un acto creativo, enraizado en el intelecto. Muchas de las cosas que hoy llamamos recursos no se conocían como tales hace doscientos años. Fue en 1809 que a un hombre de las afueras de Filadelfia se le ocurrió cómo encender el carbón fósil, que ese carbón desprendía más calor y duraba más que el famoso carbón blando, y que el problema radicaba en encontrar una manera fácil y rápida de encenderlo. Una vez que esto ya no fue más un secreto, se abrieron los campos de carbón fósil de mi estado natal en Pennsylvania (sobre los cuales he escrito en relación a la lucha del Sindicato de Mineros en "The Guns of Lattimer"), se hizo posible la navegación a vapor en los océanos como también el funcionamiento de ferrocarriles y la calefacción de los rascacielos. En 1859, se perforó el primer pozo de petróleo en Titusville, Pennsylvania y en 1878 se prendió la primera bombilla eléctrica en Nueva Jersey. Así sucedió también con el uso del gas natural y con el descubrimiento de la energía eléctrica a través de la energía nuclear. Lo mismo sucede en los campos de la química, la electrónica, la metalurgia y muchos otros. La mente humana es la fuente primaria de la riqueza. La indagación que Adam Smith comenzó sobre la naturaleza y la causa de la riqueza de las naciones conduce por todos lados al intelecto, a la inventiva, a la creatividad.

Pero, ¿cómo se hace para diseñar una sociedad completa de modo que ésta promueva la inventiva y la creatividad? Crucial en este proceso es la ley de patentes y los derechos del inventor. Estas nuevas instituciones proporcionaron tanto un marco legal como un sistema de incentivos, haciendo que a los inventores les valiera la pena dedicar muchos años de investigación a desarrollar nuevos recursos, procesos y productos. Más aún, es importante que una vez inventadas las nuevas ideas, no permanezcan exclusivamente en el laboratorio, la Universidad o como conocimiento exclusivo del inventor. Es importante que se transfieran tan rápidamente como sea posible a la producción y distribución. Para esto, también, son necesarias las instituciones.

Anteriormente, hice notar que la visión de Adam Smith no era la visión de un individualista. Es una visión de la familia humana universal, en todas las naciones de este planeta. Ahora quiero destacar que la producción de riquezas también es un proceso social ya que depende de la existencia de cierto tipo de *instituciones*, y de la *cooperación* de una gran diversidad de personas e instituciones. Primero debe haber una estructura legal y esto es un logro social. Luego, debe haber instituciones como la oficina de patentes, e instituciones que apoyen los descubrimientos y la inventiva. Estas, también, son logros sociales. Finalmente, las tareas económicas del mundo moderno son tan complejas que no pueden ser cumplidas por un solo individuo.

Además, estas instituciones deben tener características tales que les permita perdurar más allá que la vida de una *generación*, ya que las tareas económicas son también demasiado grandes para una sola generación. Para lograr realizar nuevas tareas económicas es necesario crear nuevas instituciones sociales.

Afortunadamente, había un modelo disponible para el desarrollo de tales instituciones. Desde las sociedades para los entierros en el Egipto antiguo hasta los monasterios de Europa Occidental, se había desarrollado un cuerpo legal para asociaciones constituidas legalmente. También se había desarrollado un cuerpo legal para regularizar la relación de estas nuevas instituciones con el resto de la sociedad, por ejemplo para los grupos de monjes que se agrupaban bajo la orden de los benedictinos y puesto que los monasterios seguían de generación en generación. Este cuerpo legal proporcionó los precedentes legales para el desarrollo de corporaciones voluntarias destinadas a tareas económicas a las que se dio el nombre de corporaciones comerciales.

En los tiempos en que Adam Smith escribía, una gran cantidad de corporaciones comerciales en Gran Bretaña y en otros lugares eran consideradas como concesiones monopólicas otorgadas por la Corona, en reconocimiento por servicios prestados a ésta como si todos los derechos económicos fueran inherentes al Estado. Frecuentemente nos encontramos con hechos que recuerdan estas circunstancias en la inscripción de productos de Gran Bretaña: "By Appointment of Her Majesty". En el recién nacido Estados Unidos, por el contrario, como lo ha señalado el historiador Oscar Handlin, en el año 1800 ya había más corporaciones comerciales privadas que en toda Gran Bretaña y, sin duda, que en todo el mundo. Todo lo que se exigía para formarlas era que hombres y mujeres como individuos hicieran contratos el uno con el otro para llevar a cabo determinadas actividades económicas.

El Estado no creaba corporaciones comerciales; estas eran asociaciones voluntarias. Tenían una posición oficial ante la ley, que era reconocida por el Estado y por todos los individuos. Pero el punto que más deseo recalcar es que las corporaciones comerciales son instituciones *sociales*. El motivo fundamental en el sistema económico del capitalismo democrático no es el individuo, a pesar de que cierta ideología podría inducirnos a creerlo así, sino más bien la *asociación* voluntaria. La corporación es una organización *social*, que desarrolla y nutre su propia forma de comunidad, diferente a la comunidad espontánea del pueblo pre-capitalista. Tal tipo de comunidad es parcial, voluntaria, asociativa, cooperativa y depende absolutamente en un alto grado de las habilidades sociales entre sus muchos miembros. Tiene como prerrequisito muchas condiciones espirituales y para que funcione, los que participan en ella deben practicar muchas disciplinas de tipo espiritual, moral y social. Depende del respeto a la ley y de la capacidad de cooperar bien y fácilmente con otros. En oposición a la adscripción, depende de una cierta objetividad, reconocimiento de los procesos y de una reglamentación interna.

Finalmente, las corporaciones comerciales sólo pueden dar resultado dentro de determinados sistemas políticos. Su existencia y éxito dependen en un grado extraordinario del carácter del derecho. Para funcionar bien, las corporaciones comerciales dependen de muchos tipos de regulaciones gubernamentales; todos los competidores deben atenerse a reglas similares. Las leyes deben ser lo suficientemente estables como para permitir la realización de contratos a largo plazo sin temores excesivos.

A menudo se presenta a los sistemas capitalistas económicos como sistemas basados en el individualismo. Es fácil darse cuenta por qué. Los inventos y las ideas creativas normalmente se le ocurren a una persona a la vez. Por este

motivo vemos por qué el énfasis se coloca en la imaginación e iniciativa individuales. Pero la verdad es que ninguna idea puede hacerse sin el complejo proceso de las actividades económicas, y estas actividades son en sus aspectos más importantes sociales e, incluso, comunitarias. Dependen de la existencia de una gran confianza entre los individuos, respeto a la ley, cooperación y dedicación mutuas. El aristócrata tiende a ser más altamente desarrollado, por no decir excéntrico, *individuo*, que la persona que logra hacer funcionar bien una corporación comercial. El invento más original del capitalismo democrático no es el individuo, sino más bien la corporación comercial voluntaria, que es un invento social.

Aquí no termina este punto. He sostenido que la fuente de la riqueza es el intelecto, especialmente el intelecto práctico, el intelecto creativo e inventivo. ¿Cómo debería una sociedad multiplicar las actividades del intelecto práctico? Intuitivamente la mayoría de las personas contestaría que la mejor forma de lograr un desarrollo es que la gente brillante se siente y lo planifique. De esta forma, en un principio pareciera que es más factible crear un diseño racional de modo que todos los esfuerzos se encaucen hacia un sólo propósito y con escaso desperdicio o pérdida. En la realidad, sin embargo, este enfoque funciona a veces; a menudo, no. Y la alta frecuencia de los fracasos tiene una razón sistémica. Las actividades económicas son tan complejas y dependen de la satisfacción de ideales, deseos y anhelos de tantos ciudadanos diversos, que limitar la inteligencia creativa a la pequeña élite de planificadores racionales es empobrecer a toda la comunidad. En la práctica, se logra una masa crítica inteligente mucho mayor multiplicando realmente el número de intelectos inventivos y creativos que hacen sus propias elecciones. Este método parece, en un principio, ir contra la intuición, pero en la práctica pareciera ser el que mejor funciona.

El problema no es de ideología. Este método tiene su origen en un juicio práctico en torno a las consecuencias probables de las acciones. En términos prácticos, parece funcionar mejor mientras más libertad se le otorgue a cada actor del proceso económico, multiplicando así el número de agentes que originan ideas y alternativas. Tal fue el razonamiento, por ejemplo, detrás de la Homestead Act, en los Estados Unidos, la cual multiplicó el número de activistas económicos y de propietarios en el oeste norteamericano. En algún lado Marx habla de la "chatura" de la vida rural. Una caracterización de este tipo es sin duda demasiado dura para cualquier ambiente, pero puede referirse a las actitudes pasivas de los campesinos que trabajan sólo para una aristocracia terrateniente, y tienen pocos, si algunos, derechos en cuanto a iniciativa propia. Ciertamente, esta descripción no caracteriza a la enormidad de agricultores independientes del Oeste Medio de los Estados Unidos, quienes trabajan tan inteligente y creativamente como les es posible, quiénes nos asombran por su capacidad de invención práctica, de improvisación y por su inmensa productividad.

Las escuelas agrícolas estatales institucionalizaron aún más la convicción norteamericana de que la fuente de la riqueza radica en el intelecto humano. Estas universidades estatales estaban destinadas a desarrollar nuevas investigaciones y nuevos métodos que a su vez deberían llevarse a cada una de las comunidades rurales del Estado por medio de los servicios de extensión del mismo. Por último, el Estado estaba llamado a cumplir otros papeles en el desarrollo del Oeste norte-

americano mediante la construcción de diques, la ley de Carreteras, la ley de Electrificación Rural, el crédito agrícola, el subsidio a los precios agrícolas y muchas otras formas.

Es erróneo pensar que el sistema del capitalismo democrático es un sistema en que sólo prima la política del "laissez-faire" o de la libre empresa. Por el contrario, el sistema político tiene un papel tan legítimo y necesario como el que juega el sistema económico. En la teoría del capitalismo democrático, el Estado es un ente activo. Una de las tareas más importantes del gobierno consiste en "promover el bienestar general". Según lo veía Madison, el Estado debe promover el comercio y la industria en todos sus aspectos. Los trabajos de Alexander Hamilton sobre el banco nacional, sobre el sistema bancario en general, y su "Informe sobre las Industrias" pertenecen también a la práctica de la economía política del capitalismo democrático.

Por tanto, cuando discutimos sobre "democracia y desarrollo", nos vemos enfrentados a dos tipos de problemas. Primero, debemos crear el tipo de instituciones políticas que haga de la democracia y, especialmente, de la verdadera observancia de los derechos humanos de todos, algo real. Segundo, e igualmente urgente, nos vemos enfrentados al problema de crear instituciones económicas, y precisamente aquel tipo de instituciones económicas que realmente produzcan resultados. Todas las naciones en desarrollo deben producir suficientes riquezas nuevas para satisfacer las crecientes expectativas de sus pueblos. Por lo tanto, cuando pensemos sobre economía política es necesario examinar cuidadosamente ambos aspectos de dicha expresión: tanto las instituciones del sistema político como las instituciones de la economía. Además, estos dos tipos de instituciones deben ser constantemente criticadas a la luz de ciertos principios morales y del espíritu humano, puesto que el propósito de la economía política es servir al desarrollo de los seres humanos, y los seres humanos no son solamente animales políticos, o solamente animales económicos, sino también, por así decirlo, animales inspirados, seres morales, hijos de Dios.

Llegamos, entonces, no a dos tipos de problemas institucionales, sino a tres. Queremos que haya democracia. También deseamos que se produzca desarrollo. Ambas tareas, si se quieren llevar a cabo satisfactoriamente, exigen enormes demandas a la virtud social y al espíritu humano de todos los ciudadanos. En consecuencia, la democracia y el desarrollo son también tareas de orden moral y espiritual, y requieren de instituciones culturales, educacionales, informativas y religiosas sanas.

II. HACIA UNA TEOLOGIA DE LA DEMOCRACIA Y DEL DESARROLLO

Si bien muchos de los últimos Papas han hablado cada vez más frecuentemente sobre el imperativo moral del desarrollo, aún no hay muchos escritos teológicos, especialmente escritos teológicos prácticos, que hagan referencia acerca de cómo se puede lograr realmente tal imperativo. Supongamos que un pueblo entero deseara alcanzar tanto la democracia como el desarrollo. ¿Qué debería hacer? ¿Qué cualidades del espíritu humano debería destacar y fomentar? Porque resulta inconcebible que se pudiera lograr la democracia y el desarrollo sobre la

base de una premisa espiritual cualquiera. Si por ejemplo, los individuos no son capaces de gobernarse a sí mismos, ¿cómo lograrán un autogobierno? Si los individuos no son capaces de privarse de lo suficiente como para ahorrar e invertir, ¿cómo entonces serán capaces de producir nuevas riquezas en la nación como un todo? Si las personas no desarrollan hábitos de iniciativa, imaginación creativa e invención en sus vidas personales, entonces, ¿cómo manifestará la sociedad como un todo un dinamismo creativo? Una teología práctica del desarrollo depende de una teología pastoral práctica que fomente hábitos efectivos, tanto en los individuos como a través de instituciones específicas.

En la tradición católica, desde por lo menos la época de León XIII, tenemos el hábito de hablar de *justicia social*. Este es un concepto importante ya que señala que la justicia no es solamente un asunto de la ética de la vida familiar e individual, sino también del funcionamiento de instituciones sociales. Frecuentemente, también se apela a la *caridad*. No obstante, es impresionante la poca atención que se ha otorgado a las virtudes del desarrollo, a las virtudes de la democracia y a las virtudes de una economía política de las culturas pluralistas. Los hábitos y disposiciones para vivir bien en un mundo así son seguramente diferentes en la práctica a aquellos del mundo anterior a la democracia, anterior al desarrollo, anterior al pluralismo. Cuando el desarrollo no era ni siquiera un sueño, menos una posibilidad, por ejemplo, uno necesariamente se instruía a sí mismo en virtudes tales como la *pazienza*, la reconciliación, la resignación e, incluso, la obediencia. Sin embargo, cuando la voluntad de Dios parece súbitamente demandar el desarrollo, claramente se requieren virtudes bastante nuevas: no *pazienza*, sino cuestionamiento; no fatalismo, sino la búsqueda de medidas prácticas de mejoramiento; no resignación, sino imaginación y confianza en sí mismo; no sólo obediencia, sino la aceptación de nuestras propias responsabilidades frente a la acción. En una palabra, necesitamos pensar nuevamente sobre aquellas virtudes sin las cuales la democracia, el desarrollo y el pluralismo no son practicables.

De ninguna manera estoy preparado para responder completamente la pregunta que aquí planteo. Pero al menos hay algo claro. Existen dos formas diferentes de pensar acerca de la virtud y ambas requieren ser desarrolladas más ampliamente. La primera es una forma más bien clásica. Así como Aristóteles describió, a partir de una aguda observación de la vida que le circundaba en Atenas, las virtudes máspreciadas por los atenienses, de igual forma nosotros debemos imaginarnos las virtudes más estimadas por quienes aprecian la democracia, el desarrollo y el pluralismo. Esta forma de pensar conduce a virtudes en el sentido clásico de las disposiciones y los hábitos de cada individuo.

La segunda forma de pensar es un poco más difícil de conceptualizar, pero corresponde a la intención general implícita en la expresión *justicia social*. Apunta menos a los hábitos de las personas individuales que a las *instituciones* de que ambos dependen y engendran hábitos en los individuos.

Debemos preguntarnos cuáles son las virtudes sociales específicas que se requieren y que se fomenten en los sistemas educacionales de diversos tipos, en los ejércitos de diversos tipos, en las corporaciones de negocios de diversos tipos, en las instituciones eclesiásticas y en cualquier otro tipo de institución.

Claramente, las instituciones democráticas dependen de y fomentan virtudes diferentes de aquellas correspondientes a los regímenes autoritarios clásicos. Las instituciones son formas sociales que inculcan ciertas prácticas y actitudes.

Si alguna vez hemos de tener una adecuada teología del mundo, una teología de los laicos y una teología del trabajo, será necesario que tengamos una taxonomía más detallada de las virtudes que informan y son informadas por las principales instituciones de la vida moderna.

Para finalizar, entonces, desearía intentar hacer al menos unos pocos comentarios acerca de algunas de las virtudes que requieren y que inculcan estas instituciones económicas que generan nuevas riquezas, las *instituciones del desarrollo*. Esta lista no es exhaustiva y mis comentarios son principalmente de carácter exploratorio:

1. *Administración*. Reconocer que los bienes de la Tierra pertenecen a todo ser cristiano, como también que aquellos que llegan a manos privadas llevan consigo responsabilidades para todos. No es correcto pensar que el capitalismo democrático exige un *laissez-faire*, indiferencia hacia el resto de las personas o un consumismo egoísta. Quienes practican tales vicios envenenan los cimientos del sistema del cual dependen, puesto que este sistema es un logro social. Si los derechos de propiedad son plantados en terreno estéril, rápidamente se agotarán. Los cimientos de un sistema de derechos de propiedad dependen de una administración vigilante de tal modo que los más pobres y los necesitados tengan la posibilidad de participar de sus beneficios y contribuir al logro de sus actividades. Si tal sistema espera ganarse las lealtades de todos, a su vez debe recompensar equitativamente los esfuerzos de todos, estimular sus talentos y prometer y brindar oportunidades para que se perfeccionen. El Estado generalmente debe participar en tal administración, obteniendo que mediante el peso de la ley exista preocupación por los pobres y necesitados. Existen diversas opiniones acerca de cuáles son los métodos que logran los mejores resultados. Aquellas sociedades en las que todos los ciudadanos se convierten en activistas económicos, sin importar cuán pobres sean sus orígenes, multiplican enormemente las fuentes de su inteligencia social.
2. *El alivio de la pobreza*. Una sociedad que aspira a ser justa debe considerar diversos criterios:
 - i) De una década a otra, la cantidad absoluta y relativa de pobres debería disminuir;
 - ii) De una década a otra el nivel de aquello que se denomina pobreza debería aumentar;
 - iii) Las instituciones deben ser permeables y mostrar una fluidez social tal que permita que los individuos que una vez estuvieron en categorías bajas suban a categorías más altas, y a los individuos que una vez estuvieron en categorías altas incorporarse a las más bajas. Así, debería existir movilidad ascendente y descendente;

- iv) Todos los individuos más pobres, sin excepción, deberían tener la esperanza realista de mejorar su propio grupo durante su vida.
3. *Sacrificio por el futuro.* Para poder producir nuevas riquezas para el futuro, los ciudadanos deben aportar al menos un pequeño porcentaje de su riqueza actual para *ahorros e inversiones*. Esta es una virtud indispensable. Obviamente, es menos penosa para quienes viven en niveles de subsistencia. Por otra parte, aquellos que tienen más posibilidades de hacerlo, deben invertir más; especialmente, se debe incentivar el ahorro y la inversión entre los ricos más que el mero consumo. En una sociedad puramente hedonista en que los ciudadanos viven solamente para el momento, no es posible cumplir con las disciplinas que impone una sociedad creciente. En las sociedades tradicionales, los ricos frecuentemente derrochan su riqueza en consumos conspicuos. Por el contrario, ahorrada e invertida esa riqueza en industrias productivas y empresas comerciales, se le da uso social. Esto es verdadero incluso si, al hacerlo, la riqueza permanece en las manos de sus dueños, aún si ella crece. Un factor muy decisivo es el hecho de retirar del consumo las riquezas locales e invertir las de modo que proporcionen bienes y servicios de gran utilidad social para otros. Este tipo de inversiones estimula la inventiva, proporciona empleos y multiplica los bienes y servicios disponibles. Las virtudes de la inversión deben ser enseñadas.
4. *Creatividad e inventiva.* Dios concede talentos excepcionales sin consideración de la categoría social, de tal modo que una sociedad justa debería organizar sus instituciones de modo de descubrir constantemente los talentos ocultos y los dones dispersos, incluso entre los más pobres y humildes ya que, a menudo, los más grandes músicos, escritores, matemáticos, generales, inventores y creadores de empresas se hallan entre quienes han nacido pobres. En *El Desafío Americano*, el autor francés Servan-Schreiber destaca el hecho que el secreto para la invención de nuevas riquezas es una sociedad organizada para descubrir y alimentar a los talentos creativos dondequiera que éstos se encuentren; por otra parte, los economistas preocupados del desarrollo económico internacional recalcan cada vez con más frecuencia la importancia decisiva del "capital humano": es decir, lo que sucede en las mentes y en los espíritus de los ciudadanos.
5. *Capacidades asociativas.* Los seres humanos son animales sociales, pero de forma diferente a la de los otros animales. Si bien cada uno tiene dignidad y personalidad única y una cierta autonomía ante Dios, no son propiamente ni individualistas ni colectivistas. Cuando los teólogos escriben acerca de la "comunidad", tienden a emplear imágenes que provienen de la vida del pueblo de la época medieval y del pequeño pueblo moderno o aldea rural. No obstante, existe una nueva forma de comunidad disponible y a menudo puesta en práctica en las sociedades modernas: la comunidad de asociación voluntaria. En este tipo de asociaciones, que pueden ser de muchas y variadas formas, los individuos se juntan para cumplir tareas comunes o buscar propósitos comunes. Es típico que un individuo pertenezca a muchas de estas asociaciones,

si bien no pertenece totalmente a ninguna. En este sentido, cada uno vive una vida social total y compleja, no una vida solitaria; sin embargo, ninguna asociación le proporciona total comunidad. En tal tipo de asociaciones, especialmente cuando son múltiples y variadas, cada individuo aprende una amplia gama de habilidades sociales. En un mundo así, no educamos a nuestros hijos para ser "individualistas huraños", sino para que disfruten reunirse con otras personas, para que gocen de los hábitos de cooperación y disenso y tomando iniciativas y experimentando en nuevos ámbitos del esfuerzo humano. La suposición consiste en que cada individuo es complejo y multifacético, y que logra descubrir en muchas y diferentes asociaciones nuevas dimensiones de auto-realización y simpatía. Estas asociaciones enseñan virtudes tales como simpatía, fraternidad, benevolencia, tolerancia, disenso social, un sentido de justicia, un espíritu de compromiso y otras similares; además, en ellas se desarrolla lo que podría llamarse "la personalidad pluralística" o la "personalidad comunitaria": un tipo moderno bien definido.

III. CONCLUSION:

La creación de la democracia y el logro del desarrollo, en una palabra, dependen de la formación de instituciones que engendren este tipo de virtudes y que desalienten los vicios que se les oponen. Para que fuera completa, se debería también estudiar el rango de virtudes personales que se enseñan en mejor forma en la familia, en los barrios, en las iglesias y en los colegios, que son también necesarias entre quienes aspiran alcanzar tanto la democracia como el desarrollo. Debo darme por satisfecho, sin embargo, si al menos lo que he dicho ha sido suficiente para justificar el dicho de Charles Péguy, uno de mis autores favoritos: "La revolución es moral o no es revolución". Para que la democracia y el desarrollo sean realidades vivas es necesaria una revolución del espíritu humano. Y esta es razón suficiente para que un pobre teólogo se preocupe de estos temas tan mundanos.